

El Quijote como personaje según Cajal

The Quijote as a personage, according to Cajal

Benjamín Fernández Ruiz

Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales de la Real Academia de Doctores de España
crbenja@bio.ucm.es

Anales de la Real Academia de Doctores de España. Volumen 4, número 1 - 2019, pp. 40-45.

RESUMEN

En 1905 Don Santiago Ramón y Cajal leyó un discurso titulado *Psicología del Quijote y el qui jotismo*. En su discurso pretende hacer un análisis sobre las similitudes entre las figuras de Cervantes y el Quijote. Al mismo tiempo reflexiona sobre la situación de la ciencia española y lo que se entiende por qui jotismo. Nosotros pensamos que también entre Cajal y Don Quijote existen gran número de coincidencias en cuanto a idealismo y espíritu de trabajo.

ABSTRACT

In 1905 Don Santiago Ramón y Cajal read a speech titled "*Psychology of Don Quijote and qui jotism*". In his speech sought to an analysis of the similarities between the figures of Cervantes and Don Quijote. At the same time, he reflects on the situation of the spanish science and what is meant by qui jotism. We think that also between Cajal and Don Quijote there are great number of coincidences in terms of idealism and spirit of work.

PALABRAS CLAVE: Cajal, Quijote, Qui jotismo, Ciencia

KEYWORDS: Cajal, Quijote, Qui jotism, Science

El 9 de mayo de 1905, es decir hace ahora más de ciento diez años, en el Colegio Médico de San Carlos, en Madrid, tuvo lugar una sesión conmemorativa del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*, en la cual don Santiago Ramón y Cajal leyó un precioso discurso titulado “Psicología de Don Quijote y el quijotismo” [1].

Según exponía don Santiago, “el caballero andante Don Alonso Quijano, el bueno, representa según se ha dicho mil veces el más perfecto símbolo del honor y del altruismo”. Y añade más adelante “jamás el genio anglosajón, tan dado a imaginar caracteres enérgicos y originales, creó personificación más exquisita del individualismo y de la abnegación sublime”.

En las actas del congreso inaugural de la Asociación Nacional de Historiadores de la Ciencia española, prolongadas por don Niceto Alcalá Zamora, el secretario perpetuo de la entidad, Francisco Vera Fernández de Córdoba [2] al referirse a la ciencia española en el siglo XVII -no hay que olvidar que la novela de Cervantes se publica en el año 1605, en la aurora del siglo XVII-, escribe “el hidalgo manchego es la más exacta personificación de la inteligencia española, oscilando siempre entre el más puro idealismo y el más puro pragmatismo.”[3]

Cajal se fija brevemente en los rasgos psicológicos del protagonista de la novela inmortal. Destaca cómo el Quijote “olvida la administración de la hacienda” con tal de entregarse a las lecturas de las novelas de caballerías. Y escribe Cervantes que, del mucho leer y cavilar, se le seca el cerebro y se le perturba el juicio. Pero pese a esas limitaciones es consciente de que el mundo gime en la iniquidad y el deshonor por culpa del egoísmo humano y en la decisión de pasar de la reflexión a la acción, el hidalgo se decide “a enderezar entuertos, amparar doncellas y pupilos y castigar agravios”.

El caballero de la triste figura no ambiciona más galardón que el recuerdo agradecido de la posteridad y de la mirada amorosa y pía de la señora de sus pensamientos, su Dulcinea del Toboso.

En su discurso, al profundizar en la personalidad de El Quijote, don Santiago recurre a la palabra ‘cerebro’ con relativa frecuencia -he contado hasta siete ocasiones- para justificar la sede de cualquier acción del caballero andante. Y así, por ejemplo, señala que don Quijote no hace caso a los consejos de los equilibrados y sesudos Carrascos y Mirandas, defensores de los fueros del sentido común, los cuales le advierten del peligro de sus aventuras; y se pregunta Cajal ¿qué pueden decirle que supere el exceso ideal que lleva en su cerebro?

El Quijote ha aprendido en los libros de caballerías el valor del honor y, en consecuencia, para defenderlo, está dispuesto a ser inflexible con las cobardes

componendas, con las insidias e iniquidades de los fuertes. De dura roca son las conciencias y a botes de lanza deben esculpirse. Y él las esculpirá, porque nuestro caballero, a más de poseer un yo hipertrófico, desbordante de voluntad y de energía, se siente fortalecido por esa fe ciega en la fortuna, fe característica de los grandes conquistadores de almas y de tierras.

Señala acertadamente don Santiago cómo Cervantes quiso añadir a su personaje algunos rasgos patológicos y, con el fin último de ridiculizar los libros de caballería, juzgó al efecto indispensable desconceptuar y achicar un tanto, con el estigma de la locura, la simpática figura del ingenioso hidalgo, cuyo entendimiento agudísimo y genial fue presa y juguete de ilusiones, alucinaciones, obsesiones e ideas delirantes.

Cajal se pregunta ¿por qué Cervantes no hizo cuerdo a su héroe? ¿estará también condenados a perecer irremisiblemente todos los altos idealismos de la ciencia, de la filosofía y de la política? ¿Reservado queda a no más a la demencia afrontar los grandes heroísmos y las magnas empresas humanitarias? Y él mismo responde señalando que a esta emoción melancólica y deprimente llega la agudeza al ver cómo a la hora de la muerte el loco sublime, convertido ya en Alonso Quijano ‘el bueno’, recobra bruscamente la razón para proclamar la triste y enervadora doctrina de la resignación ante las iniquidades del mundo. El hidalgo, con voz desfallecida en que aparecen vibrar estertores de agonía nos dice “en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”.

Como contrapunto al pesimismo que se desprende de la reflexión anterior, don Santiago escribe que sería necio desconocer que, no obstante la nota general hondamente patética, campea y retoza en la epopeya cervantina un humorismo sano y de buena ley. ¿Qué otra cosa representa el donairoso y regocijado tipo de Sancho, sino el artístico contrapeso emocional del quejumbroso y asenderado “caballero de la triste figura”?

Nuestro eminente neurocientífico escribe lo siguiente: “Yo saludo, pues, Sancho, el pacífico, Sancho, el bueno; Sancho el jovial! En las páginas de la imperecedera epopeya no simbolizas tan sólo la baja meseta del sentido común, el saber humilde del pueblo, acuñado en refranes; el lastre sin el cual el hinchado globo del ideal estallará en las nubes. Tú eres algo más y mejor que todo eso. Con tus gracias, socarronerías y donaires consolaste el espíritu de Cervantes”.

Cajal piensa que esta doble concepción es el fiel reflejo de la vida, con dos emociones antípodas y alterantes: el placer y el dolor. Pero, al modo de esos frutos de dulce corteza y amargo hueso, en la creación cervantina la acritud es interna y el dulzor externo. Ciertamente que hay peripecias y coloquios de una vis cómica incomparable; más, a despecho de la intención piadosa del autor, bajo la ingenua y blanca careta del gracioso corren calladas las lágrimas.

A continuación, en su discurso, Cajal establece cierto paralelismo entre el propio Cervantes y el protagonista de su novela, considerando de hecho a Cervantes como un auténtico Quijote y escribe textualmente que “Cervantes fue siempre Quijote incorregible en la acción y poeta romántico en el sentir y en el pensar”. El héroe de Lepanto soñó con la gloria de los grandes caudillos; escritor sentimental y amoroso, ansió ceñir la corona del poeta; íntegro y diligente funcionario, aspiró acaso a la prosperidad económica; enamorado en Esquivias, pensó convertir su vida en dulce y perdurable idilio. Mas ¡ay!, el destino, implacable, trocó sus ilusiones en desengaños y, al doblar de la cumbre de la vida, se vio olvidado, solitario, pobre, cautivo y deshonorado.

Y siguiendo con el análisis que efectúa nuestro querido don Santiago, añade un pensamiento que a mí me hace reflexionar, dice así “yo sólo acierto a ver la tácita afirmación de que la figura del protagonista está tan soberana, tan amorosamente sentida y dibujada, que por fuerza el autor debió de tener algo y aún mucho de Quijote” [4].

Pero después de reconocer este parentesco espiritual entre don Quijote y su autor, es forzoso convenir también en que, en la incomparable novela, a vueltas de algún retornado y a las antiguas caballerescas andanzas, campean y se exteriorizan con elocuentes acentos el desaliento apasionado del ideal, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruismo desengañado y vencido.

En el siguiente párrafo don Santiago Ramón y Cajal no puede evitar el escribir sus reflexiones, traslucir su formación neuro-histológica, escribiendo lo siguiente: “¡oh, qué gran despertador de almas e instigador de energías es el dolor! Comparables a enjambres de marinos *noctilucos*, cuya fosforescencia se exalta al choque de la hélice del navío, las perezosas células cerebrales sólo encienden su luz bajo el látigo de las emociones penosas. Quizá el privilegiado cerebro de Cervantes necesitó asimismo, para llegar al tono y hervor de la inspiración de la punzante espuela del dolor y del espectáculo desolador de la miseria”.

Expuesto lo antedicho, en el mismo discurso conmemorativo, Cajal dedica unos párrafos de su análisis al llamado “quijotismo”. Destaca, con cierta dureza cómo muchos extranjeros -y no pocos españoles- no han dudado en calificar de quijotismo a cuantas empresas y aspiraciones españolas no fueran coronadas por la fortuna. Rechaza igualmente el querer agruparnos a todos los españoles como quijotes y le “duele en el alma el confesarlo, es fuerza reconocer y declarar que a España, fuera de las épocas más gloriosas, si le sobraron Sanchos, le faltaron a menudo los Quijotes”.

Admite don Santiago que, en la Historia de España, ha habido personajes en los que concurrían rasgos exquisitamente quijotiles: la sed devoradora de gloria, el desprecio a la vida y la sana ambición del poder y de mando.

Y tras demostrar, con pena, la escasa contribución que los “quijotes españoles” habían proporcionado a la ciencia, escribe “nuestros científicos hicieron siempre gala de desdeñar los temas de pura investigación, las verdades especulativas, despojadas de aplicación útil, sin echar de ver, según les ocurre hoy mismo a muchos intelectuales, que la ciencia llamada práctica está indudablemente unida a la abstracta o idealista, como el arroyo a su manantial”.

En la parte final de su intervención, Cajal expone magistralmente lo que en realidad para él debe ser el quijotismo, para acabar señalando que los jóvenes deben tener, en ese espíritu, un aliciente y un estímulo en su quehacer diario. Decía así: “El quijotismo de buena ley, es decir, el depurado de las roñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; descuajar y convertir en ameno y productivo jardín la impenetrable selva de la Naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y de la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y prosperidad de la vida...; he aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros Quijotes del porvenir”.

El bachiller Sansón Carrasco escribió el siguiente epitafio en la tumba de nuestro ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha; y tengamos en cuenta que no se sabe en qué ciudad de La Mancha fue enterrado, para que todas las villas y lugares contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero-. Dice así el epitafio:

“Yace aquí el Hidalgo fuerte / que a tanto extremo llegó / de valiente, que se advierte / que la muerte no triunfó / de su vida con su muerte. / Tuvo a todo el mundo en poco; / fue el espantajo y el coco / del mundo, en tal coyuntura, / que acreditó su ventura / morir cuerdo y vivir loco” [5].

Agradecimiento

Muy agradecido al Dr. Antonio González Bueno por sus atinadas observaciones.

NOTAS

[1] Ramón y Cajal S. Psicología de Don Quijote y el Quijotismo. En: Obras literarias completas. Madrid. Editorial Aguilar, 1961, 1293-1310. Sobre este texto ya llamó la atención José Luis González Quirós (González Quirós J.L. Un discurso de Ramón y Cajal sobre "El Quijote". Arbor, 2006; 718, 237-244).

[2] Cobos Bueno J.M. La Asociación Española de Historiadores de la Ciencia Francisco Vera Fernández de Córdoba. Llull, 2003; 26(55), 57-82.

[3]. Vera F. Esquema y carácter general de la Ciencia española en el siglo XVII Estudios sobre la ciencia española del siglo XVII. Madrid, Gráfica Universal, 1935, 1-17.

[4] Lo cual, cerrando el círculo, ha llevado a algunos autores a definir al propio Cajal como un 'Quijote' de la ciencia (Ramón y Cajal Junquera S. Textura: El Quijote de la ciencia española. Trébede, 2002; 63, 32-38).

[5] Quijote, II, 74.